

ANTOINE COMPAGNON

GATO ENCERRADO

MONTAIGNE Y LA ALEGORÍA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MANUEL ARRANZ

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Chat en poche: Montaigne et l'allégorie*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1993 by Éditions du Seuil
© de la traducción, 2011 by Manuel Arranz Lázaro
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Obra publicada con la ayuda del Centre National du Livre
Ministerio francés de cultura

ISBN: 978-84-15277-46-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 38 074-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

Gato encerrado.^a Con este título de vodevil voy a plantear dos cuestiones que, en principio, parecen independientes: la cuestión de nuestra lectura alegórica de *Los ensayos* de Montaigne y la cuestión de la lectura (y de la escritura) alegórica en *Los ensayos* de Montaigne. La alegoría, como método de lectura, se apropia de un texto antiguo para actualizarlo y darle un sentido moderno. ¡Cuántos abusos se han cometido en su nombre! Gracias a ella se legitima la interpretación de las obras del pasado sin tener en cuenta sus contextos históricos y las intenciones de los autores. A esos contextos y a esas intenciones, la alegoría opone un sentido anacrónico, que deduce a partir de una teoría contemporánea del lector, que pretende saber más al respecto. Una exégesis marxista o freudiana de Montaigne, por ejemplo, es un avatar de la vieja tradición de la alegoría.

Desde que Teágenes de Regio inventó el método en el siglo VI antes de nuestra era para excusar los comportamientos de los dioses en la *Iliada*, se ha venido haciendo una lectura alegórica de todos los textos. Algunos han resistido más o menos bien: nunca sabremos si Rabelais era ateo o creyente, Racine arribista o jansenista, Baudelaire sádico o católico, pero no dejamos de preguntárnoslo. Las alternativas religiosas y políticas insondables son el terreno

^a El título de Compagnon, *Chat en poche*, literalmente ‘gato encerrado’, alude casi siempre a las segundas intenciones o sentido oculto de la alegoría, pero también al engaño premeditado, al fraude, a dar gato por liebre. En nuestra traducción hemos optado siempre por la solución que mejor transmitía en cada caso el sentido de la frase.

ideal para los alegoristas. Por lo que respecta a Montaigne, se sigue especulando sobre su fideísmo religioso, su conservadurismo político, su legitimismo monárquico. En realidad no sabemos nada de todo eso. En el prólogo de *Gargantúa*, Rabelais confunde a su lector primero sugiriéndole que descifre alegóricamente su libro—al que compara con el Sileno de Alcibíades, con el hueso con tuétano, con el hábito que no hace al monje—y luego burlándose de él si cree que su libro quiere decir algo distinto a lo que dice. Al menos ésta es la interpretación del prólogo que prefiero, pero ni siquiera todo el mundo está de acuerdo en esto.

La alegoría supone que bajo lo escrito se ocultan otros sentidos. El texto no quiere decir lo que dice: quiere decir lo que no dice. Desde el momento en que se entra en el campo de lo no-dicho, de lo implícito, del espíritu, de la figura, las esclusas de la interpretación se abren de par en par. Al contrario de la alegoría, la filología se propone devolver su sentido al texto: el sentido del autor, el sentido de la lengua, el sentido de la historia. Sin embargo, la filología nunca tiene la última palabra y ni siquiera una edición canónica sería garantía suficiente. Lo que no quita para que la filología produzca trabajos a menudo aburridos pero con una vida duradera; y la alegoría, por su parte, pequeños monstruos a menudo encantadores, pero que ceden pronto el lugar a los siguientes. Los contemplamos con melancolía, como a los embriones en los tarros de las antiguas farmacias. La historia de la alegoría es una teratología.

Montaigne ha tenido su lote de alegorías y estamos lejos de disponer de una edición definitiva de *Los ensayos*. Los diferentes estratos del texto aumentan la dificultad. El término mismo de *estrato* se presta a confusión, y hace que nos deslicemos sin darnos cuenta de la filología a la alegoría.

Son muchos los que han visto el estoicismo, el escepticismo y el epicureísmo de Montaigne como tres momentos distintos que explican la evolución de *Los ensayos*; otros, sin embargo, han imaginado que cualquier pasaje de *Los ensayos* podía interpretarse en profundidad según las tres antiguas doctrinas; otros más han descubierto estructuras numéricas misteriosas que organizaban los libros de Montaigne en simetrías, inversiones, homotecias que ocultan significados trascendentales; otros, finalmente, han pretendido que *Los ensayos* tenían un significado subversivo que el autor había disfrazado para burlar a la censura.

En las décadas de 1960 y 1970, años apasionados por la textualidad, la alegoría conoció su mejor momento: el texto sólo era una alegoría de sí mismo, de su propia escritura; todo texto era una alegoría del Texto. Pero este punto de vista escatológico no excluye otros sentidos más profanos. Una particularidad de la alegoría es que siempre puede ocultar otra alegoría. En 1992,^a año del cuarto centenario de la muerte de Montaigne, la coincidencia de este aniversario con el del descubrimiento de América proporcionó una clave para descifrar los dos acontecimientos conmemorados uno a la luz del otro. Hasta entonces no se había pensado en ello.

Para mí, que ya había asistido al aniversario de la publicación de los libros I y II de *Los ensayos* en 1980—ese año yo había publicado *Nous, Michel de Montaigne*—, y más tarde al aniversario de la publicación del libro III en 1988, era 1992 sin duda mi último centenario de Montaigne. En 2033, el quinto centenario de su nacimiento, seguramente no estaré ya a aquí para alegorizar. La repetición y la cercanía de estos aniversarios ha acelerado artificialmente la

^a La primera edición de *Chat en poche* es de 1993.

renovación de los discursos sobre Montaigne. Yo ya he conocido varias generaciones. En 1980, sin haber previsto la conmemoración, yo hablaba de lingüística y de semiótica a propósito de *Los ensayos*: estaba en la onda. En 1988, para variar, adopté un punto de vista ético. Al acabar de dar una conferencia, sorprendí a un profesor de cierta edad que se preguntaba si yo era un moralista trasnochado. Había dado la impresión de recaer en los buenos sentimientos porque no me había limitado a hablar del texto únicamente. En 1992, una vez más para variar pero sin comprometerme, hablo de la retórica y de la hermenéutica que hacen que uno pueda cambiar de discurso sobre *Los ensayos* cada aniversario y quedar siempre satisfecho consigo mismo. Y esto es la alegoría: uno dice lo que tiene que decir y se lo atribuye al texto. No tengo ni idea de lo que se contará en 2033 de *Los ensayos*, pero estoy seguro de que seguirán encontrándose justificaciones en el texto.

Los ensayos no son lo que parecen, dicen los alegoristas; no hay que fiarse de su apariencia. Esto es dar una importancia desmedida a una sola frase de Montaigne: «Además que acaso tengo cierta obligación particular de no hablar sino a medias, de hablar confusamente, de hablar de forma discordante» (III, IX, 1486 c).¹ Por lo que a mí respecta, sos-

¹ *Los ensayos* se citan por la edición de Pierre Villey y V.-L. Saulnier, París, PUF, 1965. El ejemplar de Burdeos sirve en general de texto de base; las letras a, b o c distinguen el estado, en el ejemplar de Burdeos, de los estratos publicados por primera vez en la edición de 1580 (a), en la edición de 1588 (b), y las adiciones posteriores a 1588 (c). [En la presente traducción, en cambio, las citas proceden de: Michel de Montaigne, *Los ensayos*, según la edición de 1595 de Marie de Gournay, prólogo de Antoine Compagnon, edición y traducción de J. Bayod Brau, Barcelo-

pecho más bien de la intención de los críticos: si crees en su palabra, te arriesgas a que te den gato por liebre.

El punto de partida de este libro fue mi extrañeza en 1992 ante el hecho de que tantos exegetas se dejaran llevar por la coincidencia de los aniversarios de 1492 y de 1592. Indagué qué había pasado hacía cien años, cómo se había festejado a Montaigne en 1892, el centenario también del descubrimiento de América. Encontré poca cosa, y nada sobre América, pero me dio mucho que pensar sobre las relaciones entre la alegoría y la historia de la recepción de *Los ensayos*. En 1992, lo mismo que en 1892, una alegoría política que depende de la coyuntura contemporánea preside la evaluación de la obra de Montaigne. El anacronismo interpretativo es particularmente obstinado durante las conmemoraciones.

Esta comparación me llevó a una constatación más sorprendente todavía, expuesta en el segundo capítulo: la inmensa tradición antigua y medieval de la alegoría parece estar ausente de *Los ensayos*. Montaigne desconfía de ella como figura retórica y como método hermenéutico. Utiliza con frecuencia metáforas, apólogos, prosopopeyas, *exempla*. Sólo en el último capítulo de *Los ensayos* podemos encontrar la prosopopeya de la mente que consuela a la imaginación aterrada por la enfermedad, y a continuación el apólogo del diente («acaba de caérseme un diente»): mostrando que la muerte llega poco a poco, la vuelve, como si

na, Acantilado, 2007. Cuando Antoine Compagnon escribió este libro, el año del cuarto centenario de la muerte de Montaigne, era en el ejemplar de Burdeos en el que se leían *Los ensayos*. Sin embargo, «desde hace una década—escribe el propio Compagnon en el prólogo a la edición de Acantilado—la balanza se inclina a favor de otro texto, el de la edición póstuma de 1595 procurado por Marie de Gournay, que hoy parece ser aceptado casi unánimemente por editores y traductores». (*N. del T.*).

dijéramos, menos temible (III, XIII, 1635 b y 1646 b). Pero esto no son más que detalles. Nunca tienen la fuerza global de la alegoría, que Montaigne, como muchos otros hombres de su siglo, no lleva en su interior. Sin embargo, ¿puede la alegoría desaparecer completamente? ¿Acaso no es tan fuerte la tentación de la alegoría como el amor a la literatura? De modo que he salido a la caza de la alegoría en Montaigne, explorando su sistema, es decir, su léxico y su enciclopedia, la red de términos encadenados, la constelación de nociones que arrastra tras ella. Y cuando se busca la alegoría, se la encuentra.

Ahora bien, hay un lugar—explorado en el tercer capítulo—en el que el resurgimiento de la alegoría de la pluma de Montaigne es particularmente interesante. Son los pasajes de *Los ensayos* que recuerdan a la vez la vieja alegoría medieval y anuncian la futura *gradación* pascaliana, la dialéctica de los contrarios en la que Pascal se muestra como un virtuoso en el legajo «Razón de los efectos» de los *Pensamientos*. Sé que leer a Montaigne desde el punto de vista de Pascal, como precursor de Pascal, es la alegoría de las alegorías. No obstante, la relación de la alegoría con la gradación en *Los ensayos* debe ser tomada en serio, sin que esto suponga rebajar a Montaigne respecto a Pascal. Creo que éste es uno de los puntos de inflexión cruciales en la transmisión de la alegoría en los tiempos modernos en la forma de la dialéctica, muy cercana a su vez a la gradación pascaliana.

Esto nos llevará a la política de Montaigne, pues la gradación pascaliana afirma, en el principio de la estructura social, una jerarquía fundada sobre la inteligencia. El conformismo político y religioso de Montaigne, al que los alegoristas no acaban de resignarse, no es ajeno al destino de la alegoría en *Los ensayos*, si es cierto que Pascal encontró

INTRODUCCIÓN

en él el germen de su gradación. Las dos cuestiones, la de la lectura alegórica de *Los ensayos* y la de la lectura alegórica en *Los ensayos*, se complementan.¹

¹ Agradezco a los anfitriones que me permitieron dar los últimos toques a los elementos de este libro con ocasión de las conferencias en las universidades de Montreal, de Saint-Andrews, de Ginebra, así como en el coloquio de la Sociedad internacional de los amigos de Montaigne, que tuvo lugar en París, en mayo de 1992. André Guyaux y Maurice Olander fueron unos lectores insustituibles de los sucesivos manuscritos.